

## XVI

## Los consejos de Erochka

EL viejo Erochka era un cosaco retirado, que vivía solo; su mujer—de esto hacía ya veinte años—habíase convertido á la ortodoxia, huyendo luego de su casa para casarse con un suboficial ruso. No tenía hijos. No mentía al decir que fué el mozo más guapo de la *stanitza*. En el regimiento conocíasele por su bravura. Sobre la conciencia tenía más de una muerte de *thetchenzes* ó rusos. Trepaba las montañas y robaba al ruso, llegando hasta á ser su prisionero algunas veces. Casi todo el tiempo lo pasaba cazando en el bosque, sin otra alimentación que pan y agua. Pero en cambio, cuando llegaba al pueblo pasaba día y noche en continua francachela. De regreso de casa de Olenín, entró en su cabaña, durmiendo dos horas, y al despertarse, antes del amanecer, sentóse sobre la cama pensando en Olenín á quien había conocido la víspera. Gustaba de la *simplicidad* de Olenín, esta simplicidad la fundaba en que le había invitado á beber vino. Hasta la misma persona del alférez le resultaba agradable. Extrañábase de que los rusos en general fuesen tan *simples* y ricos, no obstante su ignorancia, á despecho de la educación. Discurría sobre esto y pensaba qué podría pedir á Olenín que pudiera serle útil.

La cabaña de Erochka era grande y no muy vieja, echándose de ver inmediatamente la ausencia de mujer. Contra la escrupu-

losa limpieza de los cosacos, toda la habitación estaba sucia y en el mayor desorden. Sobre la mesa había un caftán impregnado de sangre, la mitad de una galleta y á su lado una corneja desplumada y partida para servir de cebo al gavián. Los zapatos, un fusil, un puñal, un saco, un vestido mojado aun y otros objetos aparecían dispersos sobre los bancos. Unos zapatos de cuero reblandecíanse en el agua sucia y mal oliente de un cubo que se veía en el rincón de la sala, junto á una *kabilka* y una carabina. En el suelo una red y algunos faisanes muertos veíanse al lado de una gallina que, atada por una pata á la mesa, picoteaba por tierra. Un tiesto lleno de líquido lechoso, yacía sobre el apagado fogón. Encima de éste, un pájaro esforzábese por soltar la cuerda que le sujetaba, mientras un pequeño gavián asomábase por uno de sus ángulos, mirando oblicuamente á la gallina y de vez en cuando á ambos lados. El viejo Erochka estaba acostado boca arriba en una cama estrecha instalada entre la hornilla y la pared. Cubierto solamente con la camisa, sus robustas piernas apoyadas sobre el fogón, quitábase las costras de los arañazos producidos por las uñas del gavián, al que pretendía amaestrar sin hacer uso de guantes. Por todo el cuarto, pero muy especialmente alrededor del viejo, notábase ese olor extraño, indefinible y no desagradable que acompañaba á Erochka.

—Estás en casa, abuelo?—dijo por la ventana una voz penetrante, que el viejo conoció inmediatamente; era la de su vecino Lukachka.

—Sí, sí. Entra!—respondió Erochka.—Vecino Marka, Luka Marka, qué te trae á mi casa? Vas al cordón?

El gavián, despierto á la voz de su amo, batió las alas para soltarse del lazo.

El viejo quería á Lukachka y exceptuábalo en su desprecio á la última generación de cosacos. Por otra parte, Lukachka y su madre, en calidad de vecinos, dábanle de vez en cuando vino, quesón y otros productos de la casa, de los cuales carecía Erochka. Este, que siempre fué generoso, explicábase la admiración de sus vecinos. «Son gente rica. Yo les doy faisanes y jabañes y ellos á su vez no me olvidan, obsequiándome con galleta y pasteles».

—Buenos días, Marka! Me alegro de verte,—dijo jovialmente el viejo saltando de la cama y colocando sobre el suelo sus pies desnudos. Dió dos pasos sobre el suelo de madera, miró la deformidad de sus piernas y como pensando en algo extraño, dió dos golpes con el talón, sonrió é hizo un ligero movimiento.

—Estoy bien, eh?—dijo; y sus ojos brillaron.  
Lukachka abrió sus labios con una ligera sonrisa.  
—Qué, te marchas al cordón?—le preguntó.  
—No, abuelo; vengo á traerte el vino que te ofrecí.  
—Cristo te salve!—dijo el anciano. Cogió el pantalón y caftán que había en el suelo, vistióse, se ciñó un cinturón de cuero, echó



sobre las manos un poco de agua del tiesto, enjugándose en un pantalón viejo, y tomando un trozo de peine lo pasó por la barba, poniéndose inmediatamente delante de Lukachka.

—Estoy listo,—dijo.

Lukachka tomó la botella y un cubilete que repasó con un trapo, y después de llenarlo del rojo líquido lo ofreció á Erochka, sentándose en un banco.

—A tu salud! En el nombre del Padre y del Hijo!—hizo el viejo aceptando el vino con aire solemne.—Que cuánto deseas se cumpla; sé bueno y merece la cruz!

También Lukachka rezó una plegaria, bebió vino y dejó el vaso sobre la mesa. El cazador púsose en pie; tomó pescado seco

que colocó sobre el umbral de la puerta, golpeándolo con un palo para hacerlo reblandecer, y luego lo sirvió en un plato de loza azul, único que tenía, no sin antes prensarlo bien entre sus manos callosas.

—En mi casa hay de todo, hasta aperitivos, á Dios gracias!—dijo con orgullo.—Y qué hace Mocev?—preguntó.

Lukachka, deseando visiblemente conocer la opinión del anciano, contó que el *uriadnik* le había cogido el fusil.

—Déjale el fusil,—repuso Erochka.—Si no se lo dejas te quedarás sin premio.

—Pero, qué recompensa puede obtener un cosaco que no ha hecho todavía el servicio á caballo? Ese era un buen fusil de Crimea; cuesta ochenta piezas de moneda.

—Oh, déjalo! También yo me disputé una vez con un centenario que quería quitarme mi caballo. «Dámelo, me decía, y te propondré para corneta». Como no se lo quise dar me quedé sin ascenso.

—Ya ves! Tengo que comprarme un caballo y dicen que al otro lado del río no se encuentran más baratos de cincuenta piezas. Mi madre no ha vendido el vino todavía.

—Ah! Cuando el viejo Erochka tenía tu tiempo no se apenaba por esas cosas. A tu edad yo robaba ganados para venderlos al otro lado del Terek. A veces vendía un caballo por un jarro de vino ó por una *burka*.

—Por qué los vendías tan baratos?—preguntó Lukachka.

—Imbécil, imbécil Marka!—dijo despreciativamente el viejo.—Era imposible hacerlo de otra manera. Por eso se roba, por no ser avaro. Y vosotros, me parece que ni siquiera sabéis cómo se roban los caballos... Por qué callas?

—Qué quieres que te diga, abuelo,—repuso Lukachka,—en verdad, no somos lo mismo.

—Necio, necio! no somos lo mismo,—repitió imitando el tono y ademanes de Lukachka.—Sí, á tu edad era yo otro cosaco!

—Y qué hacer?—preguntó el joven.

El viejo movió la cabeza con ademán despreciativo.

—El viejo Erochka era entonces sencillo y generoso, y por eso todos los *thetchenzes* eran sus amigos. Cuando alguno de ellos venía á mi casa lo emborrachaba con licor, cedíale mi cama y al ir yo á su casa le llevaba siempre un regalito. Así obrábamos los hombres de otro tiempo. Los de ahora se divierten en comer pepitas y tirar la cascarilla,—dijo con aire de reproche é imitando á los modernos cosacos comiendo simiente de girasol.

—Ya lo sé,—dijo Lukachka.—Es cierto.

—Si quieres ser valiente debes imitar á los montañeses y no á los del país. Si un labriego quiere adquirir un caballo, coge su dinero y lo compra...

Tras unos momentos de silencio el joven dijo:

—En verdad que es aburrida la vida, tanto en la *stanitza* como en el cordón; no se puede hacer nada. Todos son miedosos. El otro día estábamos con Nazarka en la aldea cuando Guirei-Khan nos propuso ir á robar caballos á los nogais; nadie quiso ir... Qué iba á hacer yo solo?

—Para qué sirve el abuelo? Crees que estoy inservible? No, todavía no. Dame un caballo é inmediatamente iremos en busca de los nogais.

—No digas sandeces!—repuso Lukachka;—cómo me las he de arreglar con Guirei-Khan? El me ha dicho: no has de hacer más que llevarme un caballo hasta el Terek y allí te daré yo un rebaño entero. Pero tiene la cabeza hueca; es difícil augurar el éxito.

—Se puede confiar en Guirei-Khan; pertenece á buena familia. Su padre es un amigo fiel. Pero, escucha al abuelo, que no habrá de enseñarte nada malo: tómale juramento, que será más seguro, y si vas con él, procura llevar el arma á mano, sobre todo en el momento de la distribución de caballos. Un día á poco me mata un thetchenze por la misma cuestión. Yo le pedía diez piezas de moneda por un caballo... Fíate en él, pero no te duermas sin el fusil al lado.

Lukachka escuchaba al viejo con atención.

—Eh, abuelo! me han dicho que posees una hierba mágica,—dijo tras breve pausa.

—No, no tengo hierba mágica, pero te instruiré; puesto que eres un buen cosaco no olvidarás al pobre viejo. Quieres que te instruya?

—Sí.

—Conoces la tortuga? Es un diablo...

—Cómo no saberlo!

—Pues bien; un día buscas su pido y cuando esté fuera ródealo de ramaje para que no pueda entrar. Ella vendrá, encontrará la barrera, se marchará y volverá á depositar la hierba mágica para destruir el ramaje. Y tú vuelves al siguiente día temprano y mira por qué parte está destruída la barrera, que allí encontrarás la hierba mágica. Ni cerradura ni valla podrán resistirte.

—Tú la has probado?

—No; pero buenas gentes me lo han asegurado. Yo poseía un

talismán; no tenía más que evocarlo antes de montar á caballo y nadie podía disparar contra mí.

—Y qué sortilegio era ese?

—No lo conoces? Ah, la buena gente! Sí, pregúntalo al abuelo. Pues bien; escucha y repite conmigo:

«Salud, vosotros, los que habitáis Sión.

»Es tu rey.

»Montaremos á caballo.

»Grita Sofonías.

»Zacarías habla.

»Padre Mandritché.

»El hombre eternamente amado».

—Eternamente amado,—repitió el viejo.—Lo sabes ya? Pues bien, repítelo otra vez.

Lukachka sonrió.

—Y por eso no te han muerto, abuelo?

—Puede que sí. Vosotros sois muy inteligentes... Apréndelo todo y lo repites; eso no te hará daño. Has entonado el encantamiento é hiciste bien.—El viejo rió.—Y ahora, Luka, no vayas á ver los nogais.

—Porqué?

—Porque no está bien. Vosotros no sois como los antiguos, estáis degenerados y no tenéis vergüenza. Una cuadrilla de rusos vendrán y os llevarán ante los tribunales. Verdaderamente cobardes! Ah! en nuestros tiempos...

Y el viejo comenzó á contar sus historias de siempre, mientras Lukachka miraba por la ventana.

—Ya es de día, abuelo—le interrumpió.—Me marchó; ven á verme.

—Que Cristo te guarde! Yo me voy á casa del oficial á quien prometí llevar de caza. Me parece buen muchacho.



## XVII

### La despedida de Lukachka

AL salir de casa de Erochka, Lukachka entró en su cabaña. La niebla humedecida por la escarcha elevábase del suelo y envolvía la *stanitza*. El ganado, que todavía no se podía distinguir, comenzaba á agitarse en todas direcciones. Los gallos charlaban con más alegría y con gritos más agudos. Purificábase la atmósfera con un aire transparente y los habitantes comenzaban á levantarse. Llegado cerca de la aldea, pudo percibir Lukachka la cabaña de su madre con la cerca humedecida por el rocío y la escalera con el postigo abierto. Enmedio de la niebla se oía el ruido de un hacha que cortaba leña en el bosque. Lukachka entró en la cabaña. Su madre, ya levantada, en pie ante el hogar avivaba el fuego. Sobre el lecho descansaba todavía la hermanita del cosaco.

—Qué, te has divertido, hijo mío?—preguntóle su madre, con dulzura.—Dónde pasaste la noche?—En la *stanitza*—respondió el mancebo sin precipitarse, manejando el fusil al que acababa de quitar la funda.

La madre movió la cabeza.

Después de llenar con pólvora la cazoleta, Lukachka tomó un saquito, cogió de él algunos cartuchos vacíos y se puso á llenarlos cuidadosamente, cubriéndolos con balas envueltas en papel. Seguidamente arrancó con los dientes los tapones de los cartuchos llenos y examinándolos los colocó en el saco.

—Madre, te dije que me arreglaras el saco, está ya?

—Sí; anoche te lo arregló la muda. Es hora de que vuelvas al cordón? Apenas si te he visto.

—No tengo tiempo más que para arreglarme un poco y enseñada me pondré en camino—repuso Lukachka envolviendo la pólvora.—Dónde está la muda? Ha salido?

—Sin duda está cortando leña. Estaba triste por no verte. Ya no le veré más, decía. Mostraba la cara compungida, se llevaba la mano al corazón y denotaba pesadumbre. Quieres que la llame? Ha comprendido cuánto se decía del abrek.

—Lámala—dijo Lukachka—y tráeme grasa para limpiar el sable.

La vieja desapareció y momentos después la muda, hermana de Lukachka, penetraba en la cabaña por la frágil escalera de tablas que crugieron á su peso.

Tenía seis años más que su hermano y se le hubiera parecido mucho á no tener una fisonomía ordinaria, embrutecida, groseramente movable, común á todos los sordo-mudos.

Vestía burda camisa llena de remiendos. Los pies desnudos y asquerosos. En la cabeza llevaba un pañuelo viejo, azul oscuro. La cara, cuello y manos, venosas como las de los labriegos. En su persona, en sus vestidos, se veía que estaba acostumbrada á los rudos trabajos masculinos.

Llevaba en la mano un haz de madera cortada que arrojó cerca del fuego. Con alegre sonrisa se llegó á su hermano, iluminándose su rostro; golpeóle la espalda y con la mano, cara y cuerpo marcaba rápidos movimientos.

—Muy bien, bravo, Stiopka!—dijo el mancebo moviendo la cabeza.—Me lo has arreglado y preparado todo; pues toma, para tí.—Y sacando del bolsillo dos tortas de maíz se las dió.

La fisonomía de la muda adquirió un rojo oscuro y saltó prorrumpiendo en gritos salvajes en señal de alegría. Al coger las tortas, hizo signos rápidos y significativos, mostrándolas siempre del mismo lado mientras se pasaba los gruesos dedos por cejas y cara.

Lukachka, que la comprendía, movía la cabeza sonriendo. Decía á su hermano que obsequiaba bien á las jóvenes y que por eso estaban enamoradas, pero sobre todo una de ellas, Marianka, le quería entrañablemente. Para designar á Marianka miraba del lado del corral, indicando la dirección de casa de la muchacha y gesticulando con labios y cabeza. «Te quiere», decía llevándose la mano al corazón, besándola y simulando enternecer á alguien. La madre

entró en la cabaña y adivinando de quien hablaba la muda, sonrió; Stiopka le enseñó las tortas y nuevamente expresó su alegría.

—Estos días he hablado con Ulitka, diciéndole que pretendía pedirla en matrimonio para tí y recibí mis palabras con gran satisfacción,—dijo la madre.

Lukachka la miró en silencio.

—Recuerda que hay que vender el vino rancio y necesito un caballo.

—Lo pondré en venta cuando sea la época. Eso es cuenta mía.—dijo la madre que no gustaba que se mezclase su hijo en los ne-



gocios de la casa.—Cuando te vayas coge un quesito que he pedido fiado en casa de unos amigos para que te lo lleses al cordón. Quieres llevarlo en el morral?

—Bueno,—repuso Lukachka.—Ah!... Y si viene Guirei-Khan envíale al cordón porque tengo que hablarle y está con licencia.

El joven se preparó á partir.

—Te lo enviaré, hijo mío, no se me olvidará. Pero, dónde has pasado el día? En casa de Iamka? Allí estabas sin duda cuando te oí cantar á media noche, al levantarme para dar una vuelta por el corral.

Lukachka no respondió y salió al patio donde se puso el zurrón en bandolera, metióse el caftán corto y sin cuello y tomando el fusil se cuadró en la puerta.

—Adiós, madre—dijo dando un portazo.—Envíame por Nazar-ka un cántaro de vino que he prometido á los compañeros; él vendrá á recogerlo.

—Dios te proteja, Lukachka! Que El te guíe! Te enviaré el vino del tonel nuevo—respondió la vieja aproximándose á la cerca.

—Escucha!—Añadió sacando la cabeza por encima del ramaje.

El cosaco se detuvo.

—Te has divertido y me alegro mucho. Por qué un joven no se ha de divertir? Y, sobre todo, está bien hecho cuando Dios nos protege. Pero allá en el cordón, ten cuidado, no te metas con nadie... Procura estar bien con tu jefe, que podrá valerte mucho. Yo venderé el vino, reuniré dinero para comprarte el caballo y pediré á tu novia en matrimonio.

—Bien, bien!—dijo el joven frunciendo las cejas.

La muda soltó un grito para llamar la atención de su hermano, señalando la cabeza y las manos para indicar la testa afeitada del thetchenze. Hizo un gesto, fingió apuntar con un fusil, gritó y entonó un alegre cántico levantando la cabeza. Quería recomendar á Luka que matase otro abrek.

Comprendiéndolo el cosaco, sonrió y con paso ligero desapareció entre la densa niebla con el fusil colgado á la espalda.

La madre quedó un momento como ensimismada junto á la puerta; entró en la cabaña é inmediatamente reanudó el cotidiano trabajo.



## XVIII

### Erochka y Olenín salen de caza

LUKACHKA se marchó al cordón, mientras el viejo Erochka silbaba llamando á sus perros y escalando las cercas de los corrales á fin de no encontrar mujeres en el camino, y llegó al alojamiento de Olenín. Este dormía aun y hasta el mismo Vanucha permanecía en cama, si bien despierto, preguntándose si sería ó no hora de comenzar el trabajo, cuando Erochka abrió la puerta vestido con traje de cazador y con el fusil á la espalda.

—Atención! Alerta!—dijo el viejo con voz cavernosa y penetrante.—Alto á los thetchenzes! Ivan! Sirve el desayuno á tu amo. Y tú, levántate enseguida! Así hacéis en vuestro país? Hasta las mozas están aquí levantadas. Mira por la ventana y las verás ir á buscar agua mientras tú duermes.

Olenín se despertó y de un salto púsose en pie, comenzando á vestirse. El anciano y su voz llenáronle de alegría.

—Vamos luego, Vanucha!—exclamó.

—Así vas de caza? cuando todos almuerzan tú duermes. Liam! Psch, Psch!—gritó al perro.—Ya tienes preparado el fusil?—preguntó como si una enorme masa de enemigos hubieran invadido la aldea.

—Perdona, es culpa mía,—repuso Olenín.—Eh! Vanucha! Dame la pólvora y una baqueta.

—Multa! Multa!—dijo Erochka.

—Queréis té?—preguntó en francés Vanucha, sonriendo.

—Tú no eres de los nuestros: no hablas como nosotros, diablo! —interpuso el anciano riendo y enseñando sus descarnadas encías.

—Por la primera vez, merezco indulto,—dijo Olenín bromeando, mientras se ponía las botas de caza.

—Por esta vez, pase!—repuso Erochka.—Pero á la otra serás multado con un jarro de vino. Al amanecer se ocultan los ciervos.

—Y si por casualidad se les encuentra, no podremos engañarlos porque son más astutos que nosotros,—dijo Olenín recordando las palabras del viejo en la pasada noche.

—Sí, riete; cuando los mates, entonces me dirás si es cierto. Pero, vamos pronto! Mira, tu huésped viene á verte,—añadió Erochka que miraba por la ventana.—Qué bien vestido! Se ha puesto el mejor caftán para que veas que es oficial. Oh, el mundo, el mundo!...

En efecto; Vanucha entraba á anunciar que el propietario de la casa deseaba ver al alférez.

—El dinero!—dijo Vania con aire significativo para indicar á su amo el objeto de la visita del corneta, que entraba vestido de oficial de tcherkes con sus respectivas charreteras y botas lustrosas, cosa extraña en un cosaco. Contoneándose y con la sonrisa en los labios penetró en la habitación saludando cordialmente á Olenín.

Ilía Vasilievitch era un cosaco *civilizado* que varias veces estuvo en Rusia; era maestro de escuela con apariencias de noble. No obstante su interés en aparentar *hidalguía*, percibíase bajo su barniz ridículo de educación estrambótica, bajo su manera de hablar retumbante y afectada, un cosaco como era el mismo Erochka. Adivinábase todo esto con sólo mirar su tez curtida, sus manos callosas, su roja nariz; Olenín le invitó á sentarse.

—Buenos días, padre,—dijo Erochka con aire irónico, según pareció á Olenín, poniéndose en pie respetuosamente.

—Hola abuelo! Ya estás aquí?—respondió el corneta saludándole con un gesto, como distraído.

Era un hombre de unos cuarenta años, delgado, esbelto, de rostro agradable, aunque desfigurado por la edad; su barba algo gris cortada en punta.

Temía que al visitar á Olenín se le confundiera con un cosaco

ordinario, deseando hacer notar inmediatamente lo importante de su persona.

—Es nuestro *Nemrod* egipciaco,—dijo, sonriendo con satisfacción, á Olenín y mostrándole el anciano.—Es un gran cazador, *ante el eterno*. Es el más hábil del pueblo para todas las cosas, le conocía usted ya?

Erochka miró á sus pies cubiertos con zapatos mojados y movió la cabeza pensativo, extrañado de la elegancia é instrucción del corneta, repitiendo entre sí: *Nemrod* egipciaco, qué no inventará este hombre!

—Sí, nos vamos de caza—dijo Olenín.

—Está bien! pero yo tenía que hablaros de un asunto...—repuso el corneta.

—Qué es?

—Puesto que sois noble,—comenzó el corneta,—y yo soy oficial, podremos entendernos los dos como es costumbre entre caballeros.—Aquí se detuvo y sonriente miró al viejo y á Olenín.—Pero si deseáis mi consentimiento para alquilar la casa, podéis ya contar con él; como mi mujer es tonta, cualidad muy común entre los de su esfera, no comprendió cuánto le dijisteis ayer tarde. La habitación podía haber sido alquilada al ayudante de campo por seis piezas de moneda sin contar la cuadra; y si no me pagáis, yo, en calidad de noble, puedo echar de mi casa al inquilino y si tratáis de obligarme, como oficial, puedo entenderme personalmente con vos, y como habitante del país no solamente según nuestra costumbre!...

—Habla correctamente,—murmuró el viejo.

El corneta siguió disparatando.

Por todo ello pudo adivinar Olenín, no sin gran trabajo, que el oficial le pedía seis rublos de plata por el alquiler de un mes, admitiéndolo con gusto, por lo que ofreció á su huésped una taza de té que el corneta no aceptó.

—Dadas nuestras absurdas preocupaciones, consideramos como pecado servirnos de un vaso que no nos pertenece. Por mi educación debería estar libre de tales prejuicios, pero mi mujer... por la debilidad de su sexo!

—Bueno; quiere usted té?

—Si usted me lo permite traeré mi *vaso particular*—respondió el corneta, y saliendo al portal gritó: Traedme mi vaso!

Momentos después se entreabrió la puerta y un brazo redondo, de piel finísima, cubierto de una manga color de rosa, tendió el

vaso que el corneta cogió diciendo en voz baja algunas palabras á su hija.

Olenín sirvióle té en su *vaso particular* y dió uno de los suyos al viejo Erochka.

—No quisiera reteneros,—dijo el cosaco sorbiendo el té apresuradamente y quemándose la boca,—también yo estoy apasionado por la pesca y ahora estoy en vacaciones para distracción de mi servicio. Deseo probar mi suerte á ver si alcanzo parte de los *dones del Terek*. Espero vendrá usted algún día á visitarme y á beber el vino de mis mayores, según costumbre de la *stanitza*,—añadió.

El corneta saludó, dió la mano á Olenín y salió. Mientras el joven ultimaba los preparativos para la caza, oíase la voz de mando del corneta-maestro dando órdenes á su familia.

Minutos después Olenín le vió pasar por delante de la ventana con pantalón arremangado hasta la rodilla, un caftán andrajoso y una red al hombro.

—El pillete!—dijo Erochka apurando su té.—Y le pagarás las seis piezas? qué primo! por ocho piezas puedes tener la mejor cabaña de la *stanitza*. Ah! canalla! Yo te cedo la mía por tres piezas.

—No,—repuso Olenín,—prefiero quedarme aquí.

—Seis piezas, es ganas de tirar el dinero!... He! he! Ivan, dame vino.

Después de comer y tomar un poco de licor, Olenín y el anciano pusiéronse en marcha á las ocho de la mañana. En el portalón encontraron una carreta enganchada. Marianka, cubierta hasta los ojos con un pañuelo blanco y un corpiño sobre la camisa, calzada con botas y una larga vara en la mano hostigaba á los bueyes con la cuerda atada á los cuernos.

—Marianka,—exclamó Erochka haciendo ademán de abrazarla. Marianka hizo silbar la vara rasgando el aire y envolvió á los dos hombres con una tierna mirada de sus risueños ojos. Olenín sintióse aun más contento.

—Vamos, vamos pues!—dijo echándose el fusil á la espalda y todavía impresionado por la mirada de la joven.

—Arre! arre!—gritó tras él la voz de Marianka guiando la carreta que enseguida se puso en movimiento.

Mientras atravesaban la *stanitza* y sus alrededores, Erochka no podía olvidar en su charla al corneta ni cesar de injuriarle.

—Pero, qué te mueve contra él?—preguntó Olenín.

—Es un avaro y por eso no le quiero—respondió el anciano.—Reventará y no podrá llevarse sus caudales, y para quién los reco-

ge? Ha construido dos casas. De un proceso con su hermano ha sacado un jardín. En materia de papelotes es todo un maestro, de otras *stanitzas* vienen á buscarle para interponer demandas; y tal como él lo escribe así sucede. Para quién trabaja? No tiene mas



que un chicuelo y una muchacha que le abandonará en cuanto se case.

—Entonces, procurará un dote para su hija?—preguntó Olenín.

—Dote? la tomarán sin él; es hermosa la chica, pero ese diablo pretende casarla con un rico. Quiere hacer un gran negocio. Hay un cosaco, Luka, mi sobrino y vecino, guapo mozo, el que ha matado al abrek, que la solicita desde hace tiempo y siempre pretexta algo para negársela en matrimonio. Dice que la muchacha es muy

joven, pero me consta que él desea que le supliquen. Cuántas historias ha habido ya á causa de esa moza!... Pero Luka la obtendrá. Es el primer cosaco de la *stanitza*, un verdadero montañés. Ha matado á un abrek y tiene ganada la cruz.

—Pues, entonces, á quién abrazaba ella ayer noche? Paseábase por el corral y oí que la hija de mi huésped besaba á un cosaco,—dijo Olenín.

—Mientes!—exclamó el viejo, deteniéndose.

—Te lo juro,—repuso Olenín.

—La mujer es un demonio,—dijo Erochka reflexionando—y quién era ese cosaco?

—No le ví.

—La tela de su gorro era blanca?

—Sí.

—Y el caftán rojo? Tenía tu estatura?

—Un poco mayor.

—Ah! era él!—y Erochka se echó á reír.—Es mi Marka, es decir, Lukachka; yo le llamo Marka en broma. Era él mismo; eso me gusta. Así fui yo en otros tiempos. No hay que guardar consideración á los padres. Me sucedió una vez que mi *chetchinka* dormía con su madre y su cuñada, y á pesar de eso llegué hasta ella. Vivía muy alto; la madre era una verdadera bruja, un demonio que no me podía sufrir. Yo me llegué bajo su ventana con un buen amigo; trepando sobre sus hombros, abrí el postigo y palpé; ella dormía sobre un banco junto á la ventana... Una noche la despierto, no me conoce y lanza un grito. «Quién es?» Y yo... sin atreverme á hablar; su madre se presenta y me conoce enseguida por la borla de mi gorro; salta la niña y viene á reunirse conmigo. Nada me faltó entonces; ella me traía leche cuajada, huevos, y todo lo del mundo—añadió el viejo.—Y no era sola ella. Qué gran existencia!

—Y qué hacemos, ahora?

—Vayamos tras los perros; ellos levantarán los faisanes que se refugian en el árbol y entonces tiraremos.

—Todavía harías la corte á Marianka?

—Sigamos al perro; esta tarde te hablaré de eso,—dijo el viejo azuzando á Liam, su favorito.

Continuaron la marcha en silencio.

Apenas habían dado cien pasos, cuando Erochka se detuvo nuevamente mostrando una rama tendida en medio del camino.

—Qué crees que es esto?—dijo.—Para tí nada significa? Pues es de mal agüero hallar aquí una rama.

—Por qué?—repuso Olenín sonriendo.



—Cuando veas una rama en mitad del camino, no la toques, sino vuélvete atrás ó arrójala con el pie diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así puedes continuar en la seguridad de que nada puede ocurrirte. Esto me lo enseñaron los viejos.

—Qué necedad!—dijo Olenín.—Háblame de otra cosa, de Marianka, por ejemplo. Qué, está en relaciones íntimas con Lukachka?

—Pchst... cállate ahora!—le interrumpió el viejo en voz baja.—No hagas más que escuchar. Atravesamos el bosque y podríamos espantar la pieza,—y con el fusil en la mano marchó el primero por los estrechos senderos de la espesura.

Con gesto de indignación volvióse á mirar á Olenín que, con sus botas, hacía crugir la hojarasca, ó llevando mal el fusil golpeaba los árboles arrancándoles sendas ramas.

—Soldado, no hagas ruido, ve despacio,—exclamó en voz muy baja.

Comprendíase ya que el sol había salido; la niebla se disipaba, pero cubría aun la cima de los árboles, haciéndolos parecer de inaccesible altura. A cada paso el paisaje cambiaba; lo que de lejos parecía un gigante era solamente un arbusto, y la más débil caña semejaba un arbolazo.



## XIX

### En pleno bosque

DESAPARECÍA la niebla dejando impregnados de humedad los tejados de junco, transformándose en rocío que brillaba en el camino cubierto de hierba. El humo surgía de todas las chimeneas. Los vecinos abandonaban las viviendas reanudando su trabajo y dirigiéndose al río ó al cordón. Los cazadores caminaban alegres por las veredas cubiertas de césped y los perros movían la cola corriendo en todas direcciones para volver á acariciar á su amo. Los mosquitos extendíanse á millares cubriendo manos y cara de los caminantes, que percibían el exquisito aroma de la hierba y la humedad de que se llenaba el aire. Olenín volvía sin cesar hacia la carreta que guiaba Marianka, aguijoneando á los bueyes con su larga vara. El espacio aparecía sereno y la selva tranquila.

El ruido que antes se percibía en la *stanitza* ya no llegaba á los cazadores. Sólo el ladrido de los perros y el canto de los pájaros herían el espacio. Olenín sabía que entre la selva se ocultaban, á veces, los abreks en emboscada y que en aquel sitio para un viandante era el fusil su mejor compañía.

No tenía miedo, pero pensaba que otro en su lugar marcharía intranquilo; y escudriñando atentamente la selva húmeda y brumosa, escuchaba los ruidos más débiles, experimentando delicioso